
HOMERO Y SUS POEMAS.

SEÑOR SUBSECRETARIO:

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

Problema arduo, de resolución difícilísima si no imposible, es el de trazar con claridad y firmeza la línea que separa la *historia* de la *mitología*. Si acontecimientos verificados apenas hace tres centurias, y que por su proximidad con nosotros podían ser perfectamente conocidos, se nos presentan ya con mucho de fabuloso y gigantesco, ¿por qué asombrarnos, si á través de los tiempos, apenas aparecen pálidas y esfumadas algunas que otras figuras con caracteres de realidad? Y si es difícil formarse exacta idea del origen de nuestra raza, que empieza apenas á vivir, y si los primeros personajes que descuellan en los más remotos tiempos á que alcanza la historia de nuestro país, están delineados con extrema confusión, cuánta más razón hay para que al estudiar la vida de pueblos antiquísimos, tales como los griegos que aparecen ya bajo el dominio de la Historia General diez y nueve siglos antes de Jesús, en-

contremos á la mitología entrañablemente unida á la historia, y pongamos constantemente en duda si un dato pertenece á ésta ó aquélla. Sin embargo, á través de la espesa niebla de los siglos, aparece sublime y majestuosa la figura de Homero.

Cabe al gran poeta ciego la gloria de ser el revelador de la antigua civilización helénica, y sus poemas nos pintan con tan vivos colores la situación geográfica de muchos lugares de la Hélade, la constitución política y social de la Grecia del siglo décimotercero antes de nuestra Era, que parecen á manera de hermosísimos compendios de conocimientos mitológicos, históricos y geográficos.

La personalidad de Homero ha sido muy discutida; algunos, como el crítico Wolf, niegan rotundamente que haya existido, y explican la formación de sus poemas como obra de una larga serie de poetas cíclico-jonios, que se encargaron de poner en verso *la genealogía de los dioses, la historia de la guerra de Troya, y el regreso de los caudillos griegos á sus hogares* después de vencido el reino de Ilión.

Opinan otros que en vez de un genio existieron dos, y fundan su creencia en que á su juicio no es digna de Homero la Odisea, pues mientras en la Iliada rebosa el entusiasmo, la otra composición carece casi en absoluto de él, y en que encuentran diversidad de ideas religiosas en los dos poemas, cosa que explican fácilmente, siendo obra de autores distintos.

Tales son las opiniones de una parte del mundo científico; pero mi humilde creencia, y autores de gran peso la confirman, es de que existió un gran poeta, un hombre sobrehumano, cuyo genio no fué bien comprendido en su tiempo, pero rodeado de la aureola de la

inmortalidad después, cuando posteriores generaciones estudiaron y admiraron sus obras.

Permítaseme decir que no estoy de acuerdo con los que creen que los poemas de Homero fueron obra de un conjunto de autores errantes (rápsodas), porque si esto fuese, no habría en ellos esa unidad de pensamiento que demuestra la concepción de uno y no de muchos, y aceptando que una colectividad pudiera producir un todo tan uniforme, los que encuentran que un Homero es demasiado grande, para que haya existido, tendrían que admitir una multitud de Homeros y *¿no es esto infinitamente más grandioso?*

No estoy de acuerdo con los que admiten la existencia de dos Homeros, porque en manera alguna creo á la Odisea indigna de figurar unida á la Iliada, como creación del mismo grandioso y fecundo ingenio. Tratando este punto, dice un autor: *La Odisea, aunque carece de la inspiración de la Iliada, no es indigna de Homero, quien en aquella obra puede compararse al sol poniente, menos fulgido y ardoroso que en el zenit, pero sin menguar en majestad.*

Ahora bien, dícese que el gran poeta escribió la Iliada inspirándose en las leyendas que acerca de la guerra de Troya recogió durante sus viajes y su permanencia en Itaca, y afirmase á la par que la Odisea es como una revelación poética de los acontecimientos de su propia vida, y como entre éstos y los de la guerra de Ilión se interponen varios siglos, no sólo es fácil concebir, sino que es racional admitir esa diversidad de ideas religiosas como una prueba muy firme, no de la dualidad de autores, sino de la diversidad de épocas, que preocuparon el ánimo del excelso poeta.

.....

Dícese que 907 años antes de Jesucristo vino al mundo en Esmirna, á orillas del arroyuelo Melés, y en medio de una procesión que entonaba himnos á los dioses el futuro cantor griego, contribuyendo á hacer más poético y misterioso su nacimiento; la tradición conservó el nombre de *Critheis*, la madre, pero no salvó del olvido el del padre.

Era Critheis descendiente de griegos y huérfana desde su infancia, y al ser despedida de la casa que le había brindado hospedaje quedó reducida á la indigencia; pero encontró un protector y un asilo para ella y para su hijo, pues *Femio*, profesor de lo que entonces se llamaba *Canto* (y que comprendía conocimientos de *escritura, lectura, gramática, elocuencia y música*), se conmovió ante la belleza y las lágrimas de la joven, y la acogió en calidad de sirviente, y después, al encontrarla tan laboriosa, tan modesta y tan hábil como hermosa, la convirtió de sirviente en señora.

Paréceme oportuno decir que varios siglos después, cuando la gloria del egregio poeta era también gloria nacional de los helenos, seis ciudades disputaban á Esmirna y disputábanse entre ellas todas, la honra de haber sido la cuna de tan grande hijo de la Grecia, y tales ciudades fueron Atenas, Argos y Salamina en la región peninsular, Chio y Rodas en el Archipiélago, y Colofón, lo mismo que Esmirna, en las costas asiáticas colonizadas por los griegos. Esta controversia la expresaron los latinos en el siguiente dístico:

*Smyrna, Rhodos, Colophon, Salamis, Chios, Athenæ,
Orbis de patria certat Homere tuâ.*

Desarrollándose Homero física, intelectual y moralmente hacía tan asombrosos progresos, adelantaba con

tan firme paso, que se le consideraba apto á pesar de su corta edad, para sustituir á su padre y maestro, y al efecto, al morir el bondadoso Femio, se cumplieron las predicciones, y el pequeño empezó á darse á conocer, enseñando á niños, siendo él casi un niño también. Esmirna toda concurría á deleitarse oyendo las prédicas de aquel genio; no había marino que al arribar á aquella playa se hiciera á la vela sin haber visitado antes al joven, y deslumbrados todos aquellos extranjeros por el talento del poeta, difundían su fama por los más lejanos países.

Mentés, dueño y piloto de un buque mercante, habiendo, como todos, concurrido á visitar á Homero, se sintió también subyugado por el genio y la superioridad del joven Melesigenes, como también le llamaban en recuerdo de su nacimiento, y hablándole elocuentemente de las graciosas islas, del imponente y hermosísimo océano, y de las extrañas tierras que hubiera visto en sus viajes, le convenció de que *el libro vivo é infinito de la Naturaleza, siempre mostrándose á los ojos del observador, es la verdadera fuente del saber y la poesía*, y Homero, sintiendo de antemano bullir en su cerebro inmensas concepciones, desdeñó la gloria que le esperaba en su patria, y partió con su amigo á satisfacer la sed intelectual que le devoraba, y visitó todo lo que la antigüedad le presentó, ya el ardiente Egipto entonces en su apogeo, ya el reguero de islas que circundan la Grecia y los contornos de la Grecia misma, así como Italia, España, y la parte entonces conocida del Asia; pero la materia se resistió á seguir ayudándole, y en pago de sus largas contemplaciones, sufrió una penosísima enfermedad de la vista que le obligó á permanecer algún tiempo en Itaca, y gracias á las atenciones del

bondadoso y caritativo *Menor*, pudo estudiar todavía la Naturaleza, y grabar con caracteres indelebles las grandiosas imágenes que reprodujo con tanto sentimiento después, cuando veía todo con los ojos del alma!

Al cegar, sintió en toda su plenitud el hastío, la nostalgia de la patria, y haciéndose trasladar á Esmirna, volvió á constituirse en maestro; pero ya sea que lo desconocieran ó que lo consideraran incapaz de enseñar faltándole la vista, el hecho fué que, sin apoyo, se vió precisado á mendigar de puerta en puerta el sustento, y llevando por guía un niño, salió del lugar donde había pasado sus primeros y felices años, no pudiendo soportar en su desgracia la indiferencia de los que amaba tanto y que tanto le habían admirado.

Se dirigió á Cimea; pero el cansancio le obligó á detenerse en un pueblecito llamado Neotichos, y su primera improvisación fué para un hijo de Cimea, un curtidor de pieles que, admirado y conmovido, le recibió en su obrador. Velozmente se propaló la noticia de la llegada de un mendigo hablando la lengua de los dioses, y concurrieron en masa á visitarle los más encumbrados del pueblo. Permaneció algún tiempo entre ellos; pero al fin, temiendo cansarlos, continuó su viaje hasta Cimea, y fué allí tal el murmullo de admiración que le acogió cuando al darse á conocer como un descendiente de Cimeos, les cantó lo que para ser bien recibido había preparado en el camino, que encantado él mismo de encontrarse entre gentes tan apasionadas del arte, se comprometió á quedarse entre ellos y procurar la inmortalidad de su patria, pidiendo, como única remuneración, que se le asegurase sustento y abrigo. Ante la Asamblea del Senado hizo su petición, y después de sub-

yugarlos con uno de sus mejores cantos, se retiró á esperar la decisión de los grandes. Sin discutir, se inclinaban todos á aceptar las humildes condiciones que Homero imponía; pero formaba parte del Senado uno de esos hombres faltos de todo sentimiento noble, uno de esos hombres, repito, que por el solo hecho de no tener corazón, se creen superiores á los demás, y ese hombre se levantó, hablando en nombre del pueblo, y alegando que era una medida poco económica acoger y alimentar á costa del pueblo á todos los cantores ciegos que por la Jonia vagaran. El Senado, no queriendo aparecer menos económico y prudente que aquel miembro indigno, negó á Homero hospitalidad y sustento. Entristecido é indignado el gran poeta con aquella dura contestación, prorrumpió en lamentos delante de la multitud enternecida que le rodeaba, y exclamó en su sonorísima lengua: “¿A qué suerte tan miserable me han abandonado los dioses? Arrullado sobre el regazo de una tierna madre, su seno me ha alimentado en esta ciudad, cuyas playas bañan las olas del mar, y cuyos jardines baña el en otro tiempo sagrado Melés; perseguido por el infortunio, y con los ojos privados de la luz del día, venía aquí, á la patria de mi madre, trayendo conmigo las Musas, hijas amadas de Júpiter, para asegurar á Cimea, un eterno renombre.... y sus habitantes se niegan á escuchar sus acentos divinos. Que sean desheredados de todo recuerdo, y que sufran las penas debidas á los que insultan la desgracia y vuelven la vista al indigente. Yo, no obstante, sabré soportar animoso cualquiera que sea el destino que los dioses me han concedido al imponerme la pesada carga de la vida! Ya mis pies impacientes me arrastran por sí mismos lejos de esta ciudad ingrata.”

Y siempre con su guía, llegó á Fócea. Allí se cultivaba la poesía más que en ninguna otra parte, por la disposición misma de aquella colonia.

Testhórides, hombre elocuente, pero vanidoso, director de una célebre escuela de canto allí establecida, fingió, á la llegada de Homero, sentirse apiadado de él, y le ofreció pan y abrigo; pero á condición de que le transmitiera los poemas que en su viajes había producido, y cuantos las musas le inspiraran en lo sucesivo, y el sublime cantor, hostigado por la miseria y la desgracia, consintió en vender su genio á miserable precio, y como si no fuera demasiado verse despojado de su gloria, fué acusado de arrebatarse la de Testhórides, que, con la memoria enriquecida por las célebres producciones de su huésped, se establecía en Chio y abría una escuela donde las repetía como propias, y así los marinos que habían escuchado al rapsodista, declaraban al oír recitar á Homero los mismos versos en el puerto de Fócea, que aquellos cantos pertenecían á un poeta de Chio. Ante semejante ultraje, el hasta entonces resignado y sufrido Homero, se rebeló indignado, y queriendo confundir á sus calumniadores, partió para Chio en un buque que se hacía á la vela para dicha isla, y cuyos compasivos marineros lo admitieron á bordo. Después de recitarles durante todo el día, lo desembarcaron, al anochecer, en un escollo de la isla, al cual ninguno de ellos se atrevió á bajar, y el pobre ciego buscaba vacilante y tembloroso el camino de la ciudad, expuesto á grandes peligros, y habría tal vez sucumbido en ellos, á no contar con el auxilio del pastor de un ganado, que le tomó de la mano y le condujo á su choza, preparando para los dos una frugal comida, después de la cual, Homero le habló de los hombres, las tierras y las cosas que

había visto en sus largos viajes, y le recitó algunos de sus versos, dejando fascinado al rústico, que al amanecer del siguiente día, corrió á contar á su amo el encuentro que había tenido, y la hospitalidad que había brindado á aquel extranjero, y aunque fué de pronto tachado de demasiado crédulo, al estar Homero en presencia del amo, cantando inspiradas estrofas, fué encargado de la educación de dos hijas de éste. En cuanto á Testhórides, al tener noticia de la presencia del poeta en la isla, huyó á ocultar en otra parte su vergüenza y su nombre.

La fortuna que hasta entonces había sido desfavorable á Homero, comenzó á presentársele propicia, y en tierra extraña encontró el abrigo y el favor popular, que su patria le negó. Fundó una escuela y adquirió lo bastante para procurarse las dulzuras de un hogar, en el que una esposa tierna, prefiriendo las irradiaciones de su gran genio, á la extinta luz de sus ojos apagados, fué la compañera de su vejez y le hizo olvidar, en parte, las amarguras pasadas, haciéndolo padre de dos niños.

Fueron tantas las instancias que de su patria le hicieron para que los visitara, que, sintiéndose atraído por sus conciudadanos como por un poderoso imán, y habiendo, tal vez, perdido á la esposa que lo habría retenido en el hogar, se decidió á volver á la costa asiática y desembarcó en Samos, el día en que celebraban una fiesta en honor de los dioses. Fué reconocido al tocar la tierra, por un habitante de la isla que le había visto en Chio, y difundíendose inmediatamente la noticia de su llegada, acudieron los samianos á suplicarle que honrara con su presencia la ceremonia y después de haberle cedido el lugar preferente en la fiesta, le condujeron entre aclamaciones al alojamiento que le habían preparado.

Pasó la estación del invierno en Samos, y al aparecer la primavera continuó su viaje viéndose precisado á detenerse en la pequeña isla de Ios, porque una tempestad amenazaba destruir la embarcación; y fué en Ios donde el sublime Homero empezó á sentir que la vida se alejaba de él: haciéndose trasladar á la playa, y recostado en un lecho que sus compañeros le improvisaron, conversó hasta sus últimos momentos en la lengua de los dioses con los hombres entendidos, y tuvo una palabra para cada uno de los pastores, marinos y pescadores que acudían á pedirle oráculos, como á un dios. Y allí en la playa, acariciado por las olas, exhaló su último suspiro, tocando al mar recitar la plegaria de los muertos.

En el sitio mismo que eligió para morir, depositaron sus despojos, y sobre una roca por lápida esculpieron estas palabras: *Esta playa encierra la sagrada cabeza del divino Homero.*

Al bajar á la tumba, escaló los primeros peldaños de la gloria. Dejó de existir; pero su nombre y su fama, vivirán imperecederos, no sólo en los Estados helénicos, sino en el mundo todo, porque no pueden morir para la humanidad los que, como el excelso Homero, dejan tras sí la estela luminosa de sus obras; no pueden morir los que, como el gran cantor, saben personificar en Héctor al héroe grande y noble que muere defendiendo su honra y su patria; en Aquiles, la impetuosidad guerrera que no reconoce la generosidad, ni respeta la desgracia; los que saben, en fin, retratar en sonoras estrofas, el carácter de todo un pueblo y de toda una civilización.

El relato que acabo de hacer es el que la leyenda fué formando lentamente en el noble pueblo de los He-

lenos después de la muerte de su grande cantor. Poética, como correspondía á tan eximio poeta, esa leyenda se sustituyó á la historia verdadera, que nadie puede conocer hoy, del inmortal autor de la *Iliada* y la *Odissea*. Y debo terminar citando las palabras del ilustre Lamartine, al concluir su biografía de Homero: “Preguntar si un hombre como él puede contarse entre los civilizadores del género humano, equívadría á preguntar si el genio alumbra ú oscurece al mundo; y negar que los poetas concurren á la obra de la civilización, sería lo mismo que pretender volviesen á Dios sus más soberanas facultades, por temor de que no ofuscasen los ojos envidiosos, para que el mundo apareciera obscuro y pequeño, comparado con el esplendor de la imaginación y la magnificencia de la Naturaleza.”

México, 20 de Junio de 1903.

CATALINA GARZA ALDAPE.